

# REVISTA IBÉRICA

AÑO I.

MADRID 30 DE SEPTIEMBRE DE 1902.

NÚM. 5.

## AUTO-RETRATO

Sr. D. Francisco Villaespesa

Mi estimado amigo: Me pide usted un retrato mío y ante tal pedido surge un pequeño conflicto sin graves consecuencias—en mi conciencia. Renuncio á describirselo, aunque con semejante renuncia nos perdamos un trozo de psicología introspectiva, diferente, como es natural, de la ultróspectiva.

El resultado final de tal conflicto es la decisión de enviarle el retrato, pues el resistirse á que aparezca en público la imagen de nuestro físico arguye, en los tiempos que corren, mayor petulancia que el ceder á ello. Hoy, en que se prodiga tanto la estampación pública de retratos, es un verdadero acto de humildad, á la vez que un acto de verdadera humildad, el dejar que se dé á estampa pública el propio y peculiar retrato.

Ahora bien: visto y acordado en el tribunal de mi conciencia el remitirle un retrato de mi físico—dueño y á la vez siervo de dicha conciencia—, quedaba sólo la ejecución del acuerdo.

Y aquí me encuentro con que apenas tengo fotografías, y ellas no muy buenas, de mi semblante y traza corporal, y en este apuro acudo á la pluma misma con que trazo estas líneas y con ella dibujo mi perfil. Y en esto ha de permitirme que eche mano del egotismo y le diga que yo tengo más fisonomía visto de lado que no de frente. Hasta como escritor público creo que me ocurre lo mismo.

El hecho—porque es, sin duda, un hecho—de que envíe un auto-retrato supone que cultivo el «conócete á tí mismo»; y no pongo en latín esta sentencia, porque eso me parece algo así como citar á Nietzsche ó á Tolstoï en francés, y el cultivar ese «conócete» dicen que es un mérito y el camino obligado para el «poséete».



Y el «conócete á ti mismo» debe empezar por conocer cada cual su físico, sostén y masa de lo que llamamos nuestra parte espiritual, por llamarla de algún modo. Ya sabe usted que hay sabio que sostiene que mirándose y viéndose—ó viéndose y mirándose, según que opinemos que el ver precedió al mirar ó el mirar al ver—jarduo problema!—que viéndose y mirándose el hombre primitivo en el espejo de un sereno charco fué como llegó al desdoblamiento de sí mismo, á conocerse fuera de sí, á pensar en su yo y luego á creer en su alma. Yo le sé á usted decir que mirándome al espejo he comprendido algunas de las ideas que había difundido por ahí yo mismo.

Mas dejemos á Narciso y á toda clase de narcisismo y de turrieburnismo respectivamente.

Como usted verá también, á poco que mire, he procurado darme poca expresión y esto por razones que me ha de permitir me las reserve. No me he *sombreado* porque prefiero aparecer á toda luz y como si ésta viniese de todo el ambiente. Me he quitado carnes en efigie, ya que no pueda quitármelas en realidad, porque desde que he comprendido cuán profunda verdad encierra aquello de que los enemigos del alma son mundo, demonio y carne, me pesa el peso que voy adquiriendo gradualmente. Sentiría llegar á ser persona de peso.

En el retrato no se me conocen las canas, de que me voy cargando, aunque todavía me faltan catorce días (hoy 15 de Septiembre) para cumplir los treinta y ocho años, dato que puede usted hacer constar, porque empiezan á descontarme de la gente joven, de la que viene—pegando ó pegada—y no me cuentan aún en la gente vieja, en la que se va—pegada ó pegando. Aunque bien mirado esto es consolador, porque si no soy ni de los que vienen ni de los que se van, es que soy de los que se quedan.

Las demás consecuencias que del adjunto mi retrato, como de todo dato empírico, se desprenden, las dejo al buen juicio y criterio de los que lo vean y quieran especular acerca de él.

Sólo me resta manifestarle de nuevo cuán su amigo es

*Miguel de Unamuno.*

P. D. Le ruego muy encarecidamente que evite por todos los medios el que si se publica esta carta—que para ello la escribo, dicho sea *inter nos*—salgan mis enemigos diciéndo que es profunda, filosófica, trascendental, erudita ó propia de un sabio. Porque tengo observado que se fragua en torno mío una conspiración mucho peor que la del silencio, y es la de motejarme de escritor profundo, filosófico y trascendental con el innoble y vil propósito de ahuyentar de mis libros á los lectores. «Así, á la vez que parece que le elogiamos, le reventamos», se dicen esos maquiavelillos de la feria de las vanidades y los celos.

Y puesto á hacerme ese favor, le agradecería también que anunciase mis obras, á ver si contrarrestamos los incalificables manejos de esos enemigos de mi buen nombre —Vale.

*M. de U.*

Responso  
á  
Verlaine.



Padre y maestro mágico, liroforo celeste,  
que al instrumento olimpico y á la siringa agreste  
diste tu acento encantador;

Panida. ¡Pan tú mismo, que coros condujiste  
hácia el Propileo sacro que amaba tu alma triste,  
al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera;  
que se humedezca el áspero hocico de la fiera  
de amor, si pasa por allí;  
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;  
que de sangrientas rosas el fresco Abril te adorne  
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,  
ahuyenten la negrura del pájaro protervo  
el dulce canto del cristal  
que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,  
ó la armonía dulce de risas y de besos  
de culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas se ofrenden el acanto,  
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,  
sino rocío, vino, miel:

que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,  
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres  
bajo un simbólico laurel.

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,  
en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,  
tu nombre ponga en la carción;

y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,  
con ansias y temores entre las linfas luce,  
llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña  
de las Visiones, pase gigante sombra extraña,  
sombra de un sátiro spectral;

que ella al centauro adusto, con su grandeza asuste,  
de una extrahumana flauta la melo<sup>2</sup>ía ajuste  
á la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;  
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz;

y el sátiro contemple, sobre un lejano monte,  
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
y un resplandor sobre la cruz.

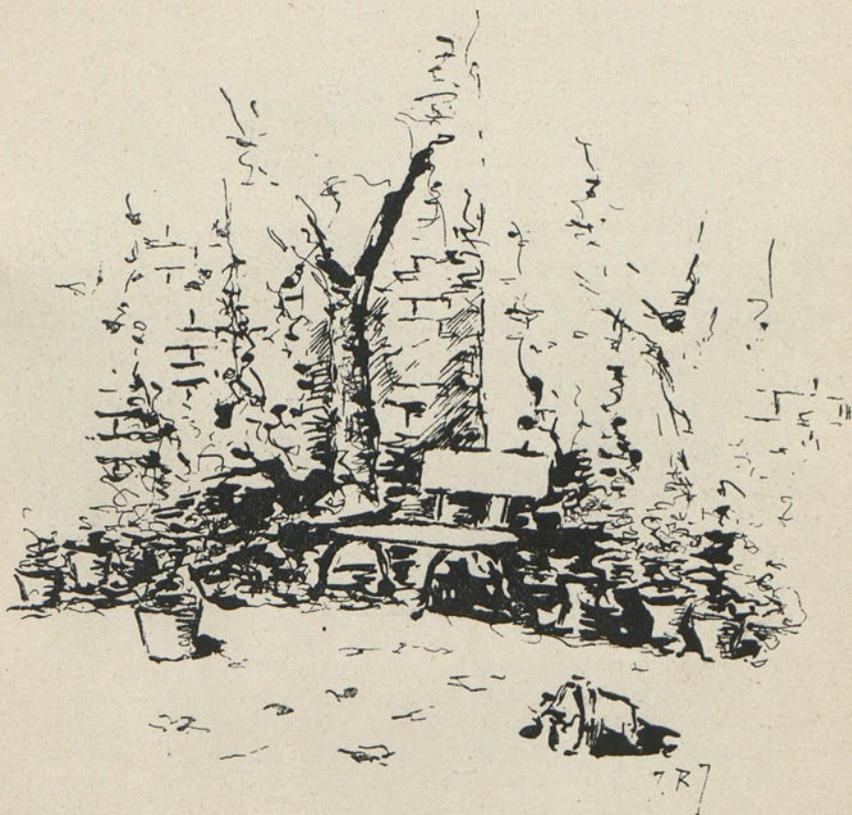
*Rubén Darío.*



## COSAS TRISTES

Me llenan de una dulce melancolía esos rincones de jardín de hospital, formados por tapias de ladrillo que se derrumban y por las que las enredaderas han colgado sus finos hilos de hojas. En otoño suele haber en ellos algún banco viejo porque en las tardes de cielo azul y sol amarillo, los enfermos van á sentarse al amor de su placidez. Cuando viene cayendo la tarde, y en la hierba dorada y transparente, tienden los árboles las sombras alargadas de sus troncos, y por todo el jardín flota un recuerdo divino de primavera, una esencia de alegría, más triste que la alegría del alma

de mayo, una serenidad que nos hace pensar en los muertos y en los cementerios; esos rincones plácidos se inundan de un encanto infinito: el sol tiene para ellos rayos de un oro sonrosado, y las enredaderas se tiñen también de rosa y oro, y los ladrillos; y algún geranio que ha florecido entre la hierba, enciende con esa lumbre espiritual su flor roja. Mi mirada lánguida se pierde en el ambiente de elegía de estos rincones, y siempre me acuerdo del pobre Werther, que quiso que lo enterraran en el fondo del cementerio, en aquel rincón en que había unos tilos.



Una mujer de esas de siempre, llevaba en brazos al pobre niño. Era un niño feo y sin gracia, de ojos saltones y grandes orejas despegadas; un niño de esos que no consuelan las tristezas y que no traen la visión del cielo.

Mis amigas, que estaban conmigo en el jardín llenándolo todo con sus risas, con sus ojos y con sus vestidos de primavera, se detuvieron á preguntar á la mujer de quién era aquel niño y cómo se llamaba. El pobre niño, ante aquel cuadro de fresco color y de alegría, intentó hacer gestos graciosos y ensayó palabras infantiles; pero era todo tan inocentemente desairado, tan ridículo, que las muchachas

no pudieron contener sus risas burlonas y despiadadas. Cada palabra, cada gesto del niño era acogido con una vibración de risas en los labios y en las almas. risas que quisieron traer á los ojos alguna lágrima, que murió de frío en la explosión alegre. Al fin, el niño se calló, y se quedó quietecito, con los ojos fijos, sonriendo á aquellas risas de una manera dulce, que iluminaba un momento, con reflejo de alma, la fealdad de su carita sin encanto. Y dentro de mí se rompió algo, alguna fibra, quizás el corazón, algo que me dolía como una espina bajo la dulzura del cielo de la tarde.

*Juan R. Jiménez.*



# JEAN DORNIS

Cómo se llama no lo sé. No conozco más que su seudónimo que, hasta hoy, he visto pocas veces circular por la prensa.

Sé que es mujer y que escribe. ¿Qué importa lo demás? Los detalles de su vida servirán para un biógrafo; al crítico le basta la labor literaria para comprender su alma, que en ella deja un rastro indeleble, para sorprender su ideal y para escudriñar hasta lo recóndito los secretos resortes de su arte. Cuentan, y pasa con acatamiento de dogma, que la mujer en la vida disimula sus sentimientos, finge pasiones, enmascara con delicada habilidad de artificio el espíritu, y en su histrionismo sabe encontrar en cada momento la careta al caso. ¡Qué verdaderamente humano aquel tipo de mujer en *La locandiera*, de Goldoni, que finge, inventa, engaña, ensaya todos los recursos de la seducción femenina, se hace amar y hace que ama! Pero también, cuántas veces cae en sus propios artificios, es engañada, como en la comedia de Rostand, en que la enamorada *Roxana* ha creído adorar la hermosura externa de un hombre, cuando sólo fué adoradora del espíritu exquisito de *Cyrano*!

Engaña, es cierto, la mujer en la vida, pero en el arte, yo no he visto almas más simples, más ingenuas, que las de las escritoras. La palabra escrita conserva siempre un acento de sinceridad, en medio de las mayores seducciones. Es ella misma, corazón y poesía. La nota de la ternura intensa sólo en su prosa vibra, porque únicamente en su interior, al vivo, es donde más vigorosa se reconcentra. Se leen cuatro páginas de mujer, y al instante se reconoce la sensibilidad femenina por mucho que quiera masculinizar su arte. La pasión por ella sentida, aun cuando sabe á celos, conserva cierta suavidad emotiva. La prosa, bajo su pluma nace muelle, amorosa, sensitiva; tiene algo de arrullo de madre y de caricia de virgen.

Por primera vez vi el nombre de *Jean Dornis*, me parece que en unas notas de Dechamps, y el ilustre crítico concedía honores de personalidad con relieve en las letras francesas, á la autora de *La Voie Douloureuse*. Mas tarde, nó hace mucho, un artículo de Angelo de Gubernatis le hacía completa justicia por su estudio sobre Giovanni Pascoli, el gallardo poeta cuya musa, enamorada del campo, ha remozado las glorias del arte italiano en la edad contemporánea. Allí encontré el canto á la mujer con las galanterías madrigalescas de un abate, y el elogio á la labor literaria de la escritora con el acierto de un crítico que, aun llevando calor de entusiasmo en la pluma, se contiene en la serenidad de un juicio verdadero. Supe por entonces, que los azares de la suerte, el nacimiento en Florencia y el vivir por lazos de amor en París, habían reunido en ella, combinándolas en su complexión artística, las condiciones de dos pueblos, hermanos de raza, latinos por el pensamiento y el corazón, mezclando así el encanto poético del alma italiana y la gracia sensual del arte francés.

Y quise conocerla en sus obras. Leí, tan pronto cayó en mis manos, casi de un tirón y sin respirar, *La poesie italienne contemporaine*, obra inmensa, panorámica, sin atropellamientos de revista militar en que pasan generales y soldados en revuelta confusión, distinguiéndose las armas á que pertenecen las tropas en desfile. Para ser grande, en verdad, faltan en ella estudio, análisis, menos devoción de patriota y más rigorismo de crítico. Con sus defectos y todo, paréceme este libro de necesaria utilidad, más de divulgación que de consulta. Por él, los poetas ita-

lianos, aun los grandes, famosos pero no estudiados, han venido á correr el mundo tomando como punto de partida París, que ha monopolizado la universalización de los escritores extraños al bulevar. Muchos debieron quedarse en casa, sin embargo.

Si algo me seduce en el libro de *Jean Dornis*, es ciertamente su método de dividir el estudio por escuelas, para señalar la filiación de cada uno, así como el consignar en los comienzos la génesis y evolución de la poesía italiana contemporánea que se integra dentro de la tendencia religiosa que inicia el abate Zanella para continuarla Fogazzaro, y dentro del satanismo de Carducci, que responde nuevamente en Graf, como la unidad política se establece bajo la casa de Saboya, en guerra con los Borbones napolitanos y el poder temporal de los Pontífices, política y arte que en este país, más que en ningún otro, responden á un estado del alma nacional, en crisis y en lucha.

¿Quién, acaso, pueda presentar más poetas que Italia? *Jean Dornis* estudia ampliamente á Carducci, Rapisardi, Ada Negri y D'Annunzio. Detrás siguen en importancia, en su libro, Stecchetti, Graf, Pascoli, Marradi, Mazzoni, Cavalloti y Nencioni. Grandes figuras todas, ellos solos resucitan y reviven un arte completo. La musa revolucionaria viste en unos lo más rico de la herencia helénica y se puede enorgullecer de la más rancia estirpe romana, mientras que por otro lado el estro religioso se envuelve en el ropaje del arte cristiano y busca la entonación severa del terceto de Dante y el ritmo amoroso de los sonetos de Petrarca.

Si *Jean Dornis* hubiese tenido talento crítico, condiciones para la investigación analítica y comparativa; si en lugar de ver desde dentro hubiese juzgado desde fuera, mirando desde el punto de vista del arte universal para dar á cada uno lo que le corresponde; si hubiese cribado el oro, no dejando en el informe montón de poetas y copleros, almas que sienten toda la poesía de la vida y espíritus que no pasan del artificio de la rima, con seguridad nos hubiera dado un libro admirable y jugoso, una ejecutoria de nobleza para la poesía italiana de nuestros días, grande por los grandes, digna de olvido por los pequeños. Repasando estas páginas, el lector necesariamente tiene que oficiar de crítico. Sólo así, encuentra meritorio el libro, que trae, junto con gritos del combate, olor de flores y canciones de mar, de aquellos jardines de Florencia y de aquellas costas de Sicilia.

Más entraña, mucho más jugo, encuentro yo en su novela *La force de vivre*, que también he leído. Su alma de mujer, su sensibilidad de artista en las páginas de este libro, se derraman más libres, más á la ventura de la inspiración. Son páginas cálidas, de pasión y de penar; páginas de un cuento de amor. Ana *Gilberte*, con un amor trabajado, de renunciadas, de exaltaciones, y su alma de mujer, á través de la vida, sigue su ruta, como las naves sobre las ondas, con calinas y tormentas, al soplo del viento, como ella empujada por la *force de vivre*.

Hay momentos en la obra en que se saborea una poesía dolorosa: la de los espíritus que sufren y aman, se repelen y se buscan.

Nunca llegará, sin embargo, *Jean Dornis*, dentro del arte feminista, fuerte á ratos con temple hombruno, tierno siempre con ternuras privativas de hembra, al sentimiento de Matilde Serao, en su país natal, ni al encanto artístico de *Gip*, en su patria adoptiva.

Es más que nada un alma sencilla de mujer, que sabe mirar adentro con visiones de psicólogo, y después puede escribir con sugestión atractiva de poeta.

*Angel Guerra.*



## PAN

Ya los dardos de Apolo sin fuerza van cayendo.  
En el fértil Sylene, las Oreades cautas  
con recelos de corzas, desnudas y riendo  
huyen de los Ægipas que van tañendo flautas.

Sumergiendo febriles sus lindos cuerpos blancos  
en el mar de esmeralda de los bosques espesos,  
corren, gritan, dan ayes, saltan hondos barrancos,  
sueitas las áureas trenzas á los vientos traviesos.

El aire es fina pluma. La luz muere en Poniente.  
Ya ladran de Diana las feroces traillas...  
Trinan los ruiseñores, y muge el toro ardiente  
persiguiendo en los prados las céleres novillas.

Hay gemidos de amores. Las pomas brindan mieles  
Andan dulces lujurias despertando delicias  
por el éter... Los brazos de los verdes laureles  
son brazos de mujeres ansiosos de caricias.

De repente los sátiros detienen sus carreras  
oyendo á Pan que, triste, los llama... Abandonando  
los rastros musicales de las ninfas ligeras  
van á buscar al Numen en tumultuoso bando.

Está el Dios recostado sobre un haya caida.  
Cubre el dorso de un lince la piel ensangrentada  
En una mano apoya la frente entristecida  
y con la otra oprime la flauta enamorada.

—¡Silencio! Pan exclama.—Dormid hasta la aurora ..  
La luna ya platea las cristalinas linfas...  
Comprendo la infinita tristeza que os devora...  
Ninguno ha conseguido alcanzar á las ninfas.

¡Locos y más que locos! Si eso os apesadumbra  
sois simples y sencillos como un mortal cualquiera.  
¡Si la pena os envuelve cuando la dicha alumbra,  
acaso sonriáis cuando el dolor os hiera!

Dejad que huyan las ninfas liliales á lo largo  
del bosque... De alcanzarlas no abrigar la esperanza  
El desear es dulce y el poseer amargo...  
¡Dichoso el que desea y triste quien alcanza!

¿Pensáis que juego? Oídme... Hoy, al morir el día  
desperté y, en un lago que á mis plantas había

vi á Syringa, la ninfa más cándida y más bella.  
Tiene su cabellera, sin par, fuegos de estrella.

Su piel (hielo que arde) á confundir se atreve  
Ida con Almathéa, la leche con la nieve.

Al verme huyó, su casta desnudez, pudorosa  
velando en la flotante melena luminosa.

Lleno de amor la miro que entre laureles pasa...  
Llamo, corro, suplico, mi mirada la abrasa,

y á Zeus pidiendo en vano pies alados de Hermes,  
hiriéndome en los cardos, entre flores inermes,

guiado por el deseo que el obstáculo aviva,  
vuelo como una flecha tras de la ninfa esquiva.

Tras ella largo tiempo corri desesperado...  
Por fin, sin habla, examiné, todo en sudor bañado,

iba á parar, lloroso, ahogando mi deseo,  
cuando blanqueando trémula entre cedros la veo...

Con más vigor persisto en mi carrera franca,  
y cada vez me acerco más á la ninfa blanca.

Siento en los pies dos alas... Entre breñas me lanzo,  
vuelo, de amor sediento, hasta que al fin la alcanzo.

Mas al tocar mis labios su boca de coral  
se transformó de pronto en un cañaveral.

De él, ciego de ira y celos, una caña he cortado,  
y con ella esta flauta serrana he fabricado.

donde llora Syringa .. «Sátiro, oye esta historia,  
Guárdala como escudo de amor, en la memoria.

Al ver pasar las ninfas, ten firmeza y reposo.  
Amordaza al deseo, el jabali rabioso.

Apuñala sin pena lascivos embelesos.  
Muerde tus rojos labios cuando te pidan besos.

¡Desdichado del sátiro que mi voz no recuerde!  
¿Para qué, torpe y lúbrico, á las ninfas hostigas?  
¡Si no les das alcance, en vano te fatigas!  
¡Si logras alcanzarlas se tornan caña verde!— . .

En esto, entre los chopos de luna plateados,  
cruzó, huyendo una ninfa como candente estrella,  
y al verla Pan, dejando los sátiros pasmados,  
se alzó leco y lanzóse veloz detrás de ella!

*Eugenio de Castro*

*(Traducción de F. Villaespesa.)*



*Dibujos de R. Martín.*

# DÍA DE FIESTA

Por las calles mojadas va la gente de prisa; es día de fiesta; están los comercios cerrados, y en los rostros se notan deseos de expansión. Las nubes, saturadas de humedad, y los vapores blanquecinos que resbalan suavemente, toman á lo lejos, al final de las calles, el tono obscuro de un denso cortinaje.

Llueve; es un día de recuerdos é inquietudes; pero, ¿qué importa? Nuestro pensamiento está tranquilo, vivamente iluminado por la resignación.

No tememos nada; nada deseamos. Ha callado la sensualidad en nuestro ser, y una calma dulcísima nos inunda.

¡Oh, qué feliz es la vida sin ambiciones ni deseos! Desaparece el peso de la contradicción, y parece que el alma respira libremente.

Así debe ser la vida de los pájaros, de los seres que no tienen razón ni libertad, de los seres que no pueden pecar.

El remordimiento es sombrío.

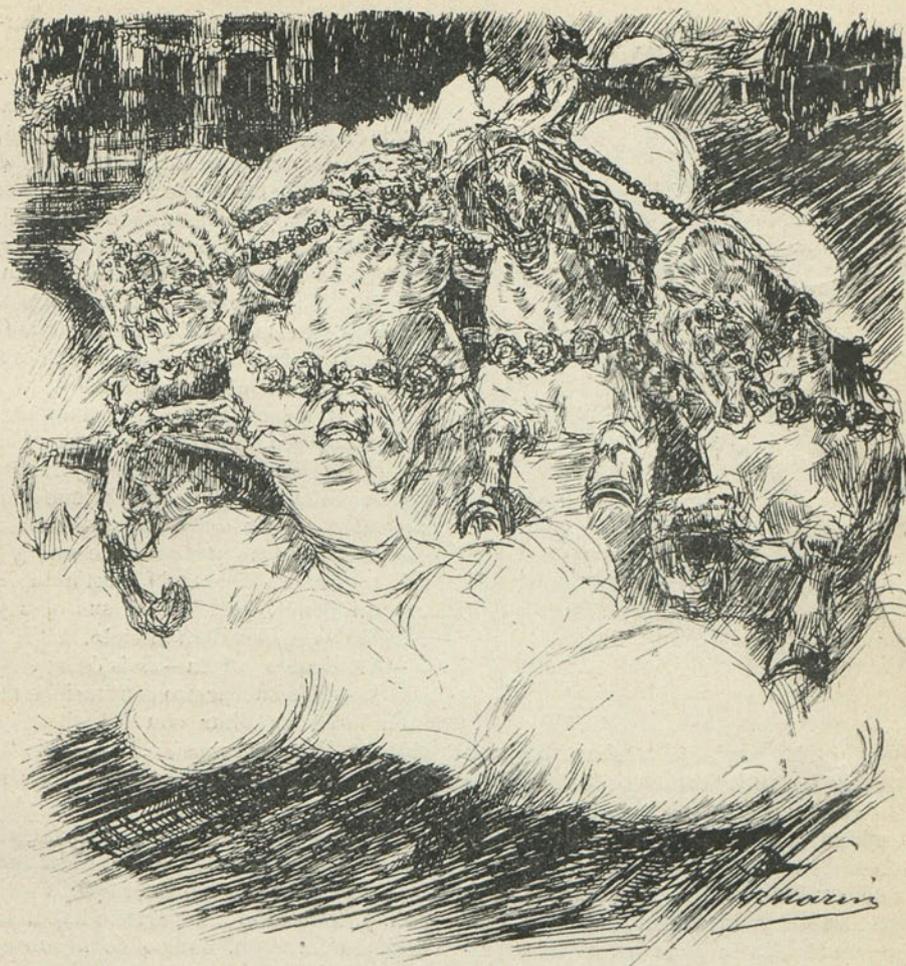
La lucha ha sido muy larga; el camino, áspero y difícil. Bien merezco ahora este dulce descanso. Siento como una gratisima soñolencia, una emoción de deliciosa melancolía, un anonadamiento, una laxitud indecisa que, sin ahogar el pensamiento, parece difundir el ser en éxtasis exquisito.

Antes amaba á dos mujeres y odiaba á algunos hombres. Ahora no odio á nadie y amo sólo á Dios. Ambicionaba la riqueza y la gloria; me mortificaba la vanidad, y la envidia, á veces, me roía las entrañas con opacos dolores. Ahora me humillo profundamente; reconozco mi vileza, y al arrancar de mi pecho las últimas raíces del amor sensual, me invade un descanso supremo.

¿Es esto la muerte? No; porque me siento vivir, y una remota alegría hace estremecer ligeramente fibras recónditas de mi ser. ¿Es esto una conversión, debida al toque de la divina gracia? No; porque mi alma está enturbiada aún por vapores de duda y mancillada por el pecado. ¿Es la desilusión, el desengaño de todo? Tampoco; porque sobre las hojas secas de mis vanos deseos siento surgir más delicados ensueños. ¿Qué es esto, pues?

Creo que es la propia vida del alma, que se siente á si misma y se reconoce superior á sus necios extravíos; creo que es la luz de la inteligencia, que luce en este momento, clara, sobre las nubes, amontonadas y siniestras, de sus errores y pasiones; creo que es la alegría de la humildad, aquella santa alegría de los que, huyendo de la vanidad y la soberbia, ungidos de ceniza, exclamaron: «Señor, qué; tened misericordia de mí...»

*Nicolás María López.*



## EL MILAGRO DE LAS ROSAS

I

La cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos poblada de estatuas. Dionisio fustigaba los corceles que, relinchando, atronaban el suelo con la armonía salvaje y guerrera de los cascos.

Los niños suspendían sus juegos, é inmóviles, con el disco aún en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas de oro, hasta que desaparecía, á lo lejos, entre nubes de polvo.

Los corceles se detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, frente al templo de Afrodita.

Varios esclavos se aproximaron. Dionisio descendió de la cuadriga, y dijo á Dióscoro, su liberto:

—¿Y Lais?

— Está cumpliendo sus votos. Ella misma condujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias...

Se acercaron al templo.

Grupos de legionarios romanos, sen-



tados en las gradas, apuraban, á grandes tragos, anchas crateras de vino. Bajo los pórticos, núbiles flautistas, vestidas de blanco, ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosidad. De vez en cuando se abrian paso entre la multitud, encorvados por el peso de la carga, cuadrillas de esclavos, cuyas espaldas desnudas, sangraban bajo el látigo de los custodios.

Dionisio, seguido de Dióscoro, caminaba despacio. Una cortesana, tan gruesa que, al andar, tenía que apoyarse en el hombro de dos siervos, tambaleándose bajo su enorme tiara oriental costelada de gemas, le quiso retener por el manto. Dionisio la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda que mil veces pidió á los dioses su exterminio. Pero los dioses habían huído de Grecia. Sobre sus altares se al-

zaba ahora un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones. Unos pastores hallaron la flauta de Pan, rota y olvidada, á orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste, que huyeron aterrorizados, y abandonando el rebaño que sesteaba en un bosque de encinas, regresaron á la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo á caer exánimes al pie de la estatua de Júpiter Olímpico.

En un extremo de la plaza se aglomeraba, atenta, la muchedumbre.

Un extranjero hablaba, lentamente, con voz severa. Su perfil se destacaba con el vigor de líneas de un bajorrelieve. Los cabellos descendían enmarañados sobre sus hombros. Largas barbas grises solemnizaban la salvaje energía de aquel rostro visionario. Vestía un sayal ceniciento, y al hablar sus ojos y sus manos se elevaban al cielo.

—Atenienses - decía—vivís de supersticiones Mas en vuestro santuario también hallé un altar con esta inscripción: *Al Dios no conocido*. Yo os hablo en nombre de esa divinidad que honráis sin conocerla. El Señor, como creador del cielo y de la tierra, no habita templos fabricados por las manos del hombre. ¿Por qué, pues, buscar á Dios, palpando, si en ninguna parte se halla? Él está, sin embargo, dentro de nosotros. En Él vivimos y nos movemos, y somos, según un poeta vuestro, de su mismo linaje.

La voz del extranjero resonaba cada vez más solemne. Un presentimiento divino estremecía todos los corazones.

Dionisio preguntó á Dióscoro:

—¿Quién es ese hombre?

—Un judío llamado Pablo, discípulo de un profeta de Galilea á quien Tiberio mandó crucificar. Cuentan de él, como de su maestro, maravillosos prodigios. En Filipos, con una sola palabra de sus labios, lanzó del cuerpo de una doncella el espíritu pitónico que la poseía.

Las puertas de las cárceles se abren, por sí mismas, á su paso. A Lidia, la célebre vendedora de púrpura de Tiatira, con sólo tocarle con la yema de los dedos, le curó una úlcera rebelde que le corroía el seno...

Estas palabras del liberto avivaron la curiosidad de Dionisio, que, apoyado en una columna del pórtico, escuchaba ávidamente.

—Vengo á anunciaros la verdad. El Señor os avisa para que creáis, porque vendrá el día en que seréis juzgados ante la justicia de Aquél, que vino á la tierra á morir por vosotros.

El acento de aquel hombre parecía poner un sello de fe en los labios. La muchedumbre le rodeaba absorta. Hasta los legionarios dejaron de beber para oírle.

Hablaba ahora de la pasión y muerte de su divino Maestro. Repetía las parábolas que Jesús improvisara á la sombra de las olivas, en campos de trigo, mientras el viento de la tarde hacía ondular suavemente las mieses maduras. Explicaba, uno por uno, todos los milagros, y describía la escena de sus muertes gloriosa.

—El trueno estremeció las montañas. Las sombras descendieron. El velo del templo se rasgó en dos pedazos, y las manos de los muertos, resucitados, volvieron á llamar familiarmente en la puerta de sus hogares.

El silencio era tan profundo que se oía el aleteo de las palomas que, en blancas bandadas, poblaban el cielo.

Pablo proseguía: Anunciaba la resurrección de la carne, y predecía un reinado de paz y de amor sobre la tierra.

—Ni esclavos ni señores. Los hombres, todos hermanos, entonando juntos las alabanzas del Señor.

Un alegre murmullo apagó las últimas palabras del apóstol.

Lais salía del templo, flotante el sutil velo de gasa, que dejaba transparentar las rosas vivas de su olímpica desnudez.

Los cabellos sujetos y separados en la

frente por ancha cinta de púrpura caían destrenzados por la espalda, envolviéndola en la apoteosis de su incendio de oro. A su alrededor, á compás de las flautas que dos esclavos impúberes tañían, danzaba un coro de doncellas.

Pablo continuaba:

—Encantos pasajeros de los sentidos, ¿qué sois comparados con los eternos goces del espíritu?

Nadie le oía. Todos los ojos se volvieron hacia el templo.

Las flautas dejaron escapar un aire ligero y faunesco. Lais descendía las gradas, con la ritual serenidad de una diosa.

Los legionarios, ebrios, aullaban de deseo. En todos los corazones despertaba un sentimiento de veneración hacia la Belleza triunfante y única. A lo lejos resonaba la voz del apóstol, con la austera y lenta severidad de un anatema.

Dionisio se adelantó, y cogiendo á la amada entre sus brazos, la condujo á la cuadriga.

Blancas nubes de palomas ocultaron al sol. Las guirnaldas que festoneaban





las columnas del pórtico se deshojaban lentamente.

El látigo vibró. Los corceles se encabritaron, y, relinchando, partieron á galope, entre nubes de polvo, por la amplia vía de laureles y de mirtos, mientras los últimos resplandores del incendio solar llameaban en el áureo escudo de la estatua de Minerva que custodiaba la ciudad.

## II

Dionisio no pudo conciliar el sueño. Después de la fiesta, cuando las literas de los convidados, á la luz humeante de las antorchas, se perdieron entre los árboles del jardín, él se retiró á descansar. Inútilmente. . Una viva inquietud le atormentaba.

Se sentía como desterrado en su propia patria. Grecia era una inmensa ne-

crópolis. Filósofos y retóricos, juntamente, habían acabado con la Religión y con el Arte. En sus templos, cuyos mármoles blanqueaban en bosques sagrados de laurel, manos fanáticas llegaron á inmolar víctimas humanas en honor de monstruosas divinidades. Sandalias extranjeras profanaron el misterioso refugio de las ninfas y de las musas. Hasta sus ruinas eran transportadas, en grandes flotas, á Roma, para

adornar como trofeos las fastuosas calzadas imperiales.

Nada le ligaba á aquella sociedad degenerada. Su mismo amor hacia Lais, más que pasión humana y ardiente, era sólo saudosa nostalgia de tiempos pasados. Amaba en la cortesana á la Grecia antigua, al pueblo artista que había sabido colocar por cima de todos los cultos, el irresistible y divino Imperio de la Belleza.

Durante el festín, mientras los poetas, chocando las anchas copas rebosantes de Chipre, maldecían en sonoras estrofas las fugaces alegrías del amor, y jóvenes patricios, coronados de verbena, en la insinuante penumbra de los triclinios, acariciaban con sus pálidas manos enjoradas las ambiguas cabezas de hermosos Ganimedes; mientras las cítaras gemían y las danzarinas bailaban desnudas é incitantes, él permaneció inmóvil, reclinado en su lecho de marfil y púrpura, absorto en una visión interior.

.....  
Las palabras de Pablo resonaban incesantemente en sus oídos. Iban y venían, sordas y tenaces, como el zumbido turbador y monótono de un abejorro.

Aquella vida, aquel mundo nuevo que surgía ante su vista, le subyugaba ador-meciéndole en un ensueño diáfano y tranquilo.

En los lampadarios de bronce la luz aleteaba como un pájaro moribundo.

La brisa del jardín, entre perfumes enervantes, traía el rumor de la fiesta de los esclavos. Gritos y chillidos, risas y canciones que se alejaban y se perseguían indistintamente, y sobre los cuales volaba, á veces, dominándolo todo, el largo y estridente alarido de los pavos reales.

.....  
Algún tiempo después, Dionisio, seducido por los milagros y la elocuencia de Pablo, repartió su riqueza entre los pobres, dió libertad á los esclavos y se retiró á hacer penitencia.

### III

De rodillas, sobre un alto peñasco, con los ojos y los brazos levantados al cielo, el penitente oraba.

Nada, al principio, turbó el uncioso recogimiento de su espíritu.

Pero bien pronto las Tentaciones, surgiendo de las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, á ha-

blarle al oído. La visión de Lais le perseguía constantemente, rozándole, á veces, con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole, á orillas del camino; á la entrada de la gruta; tendida al pie de la cruz de madera...

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlescamente. Las niñas alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacía danzar entre sus patas tuer-tas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen, descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los brazos, erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida... Él, aterrizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que, tomaba en la carrera aspectos monstruosos. Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras. Por fin, se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, encogido, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar.

Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, consiguió domar las lujuriosas rebeldías de su carne.

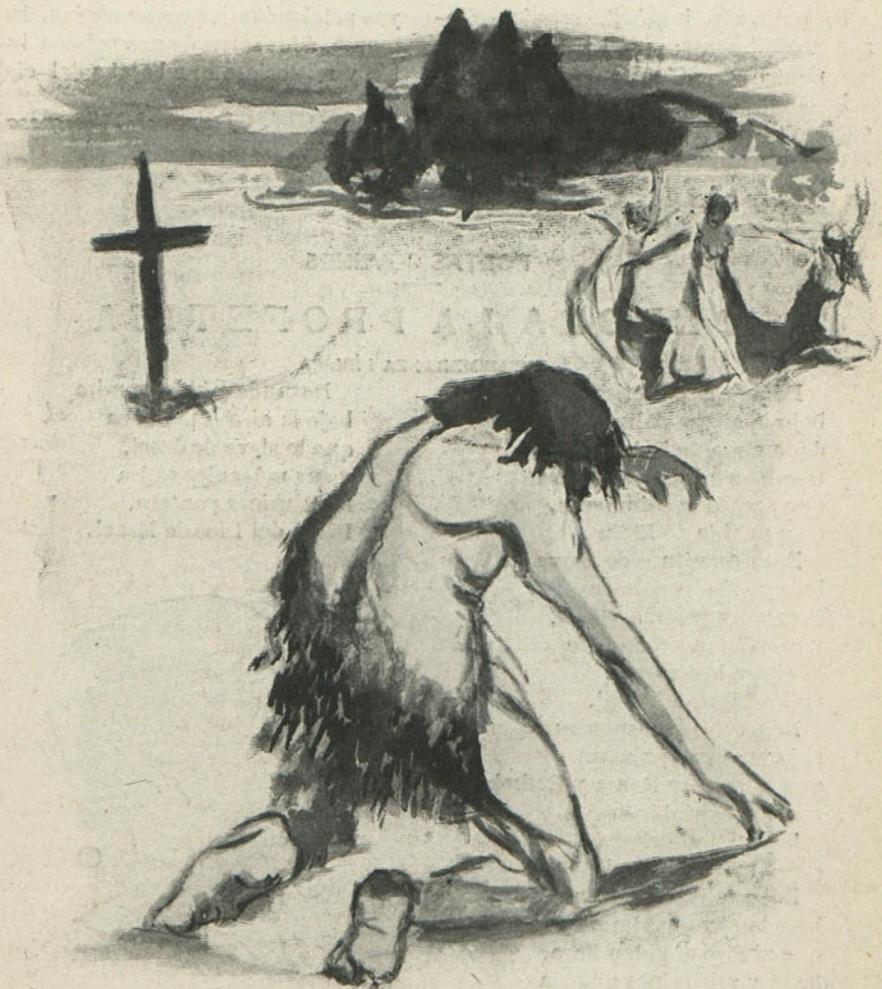
Lais averiguó el refugio de su amante, y un día, al caer la tarde, salió de Atenas, acompañada de sus esclavas. Caminó toda la noche por agrestes senderos. Los rebaños, balando, descendían de las negras montañas, entre nubes de polvo; á veces resonaban, turbando el

rumor melancólico de las esquilas, los ladridos de los perros, que, en un claro del bosque, ladraban á la luna. En torno de las hogueras llameantes, los pastores danzaban al son de sus pífanos.

Al amanecer, cuando aún no se habían apagado las últimas estrellas, llegó al retiro del penitente. Iba vestida con sus mejores galas, ungida y perfumada como para un desposorio. En sus cabellos, teñidos de añil y ligados con lazos de púrpura, resplandecían cigarras de oro.

A sus brazos y á sus piernas marmóreas se enroscaban serpientes de pedrería. Un velo tan sutil, como el aire, envolvía en una nube azulada el resplandor rosado de su carne. Sus esclavas, coronadas de pámpanos, la seguían, agitando sus tirso florecientes.

Dionisio, de rodillas, con los brazos abiertos, y las pupilas fijas en el cielo, clamaba con voz tan apagada, que parecía venir de las profundidades de un sueño:



— ¡Misericordia, misericordia, para este pobre pecador!

Lais se aproximó queda y lentamente. Sus senos palpitaban; sangre de amor encendía sus mejillas, y sus pies, al posarse temerosamente en el suelo, tenían estremecimientos de deseo.

Las esclavas, danzando sobre pieles de pantera, entonaban en voz baja las primeras estrofas de un himno á Venus.

La voz de las flautas parecía hecha de suspiros.

El penitente, inmóvil, seguía sollozando débilmente:

— ¡Misericordia, misericordia!

Los brazos de Lais se enroscaron á su cuello... Dionisio se volvió, lívido, con los ojos espantados... La rechazó violentamente,

y no hallando otro refugio contra aquella diabólica tentación que le tendía los brazos, suplicante y amorosa, se arrojó, en medio de unas zarzas.

El sol se asomó al horizonte, como para alumbrar un misterio... Las flautas enmudecieron de repente; y hasta el viento perfumado que descendía de las altas montañas, se detuvo, temblando...

Lais cayó de rodillas... Las zarzas donde el penitente se revolcaba, se iban cubriendo de rosas, de rosas de sangre, cuyos pétalos luminosos se abrían, lentamente, á los sonos de una música inefable y misteriosa que bajaba del cielo...

*Francisco Villaespesa*

*Dibujos de R. Martín.*

## POETAS JÓVENES

# DÉBORA LA PROFETISA

### REMEMBRANZA BÍBLICA

Débora la profetisa,  
bajo la airosa palmera  
de la cima de Ephraim  
trae mensajes, como brisa  
que aromó la primavera,  
á su pueblo de Eloim.

Rara escultura de nieve  
bajo la airosa palmera  
florece augusta, oriental,  
y arrulla su sueño leve  
la cítara lastimera  
de los hijos de Tubal.

Negros se entornan sus ojos  
bajo la airosa palmera  
que está entre Rama y Bethel;  
sonríen sus labios rojos  
y brilla su cabellera  
como mosaico joyel.

Débora, rara escultura,  
bajo la airosa palmera  
que al aire el polen fiara,  
bella y misteriosa augura  
la próxima hora postrera  
del cananita Sirara.

Desnuda y sola se mira  
bajo la airosa palmera  
que le sirve de dosel,  
y sus músculos estira  
la lujuriosa pantera,  
Diosa del Dios de Israel.



*Ramón Pérez de Ayala.*

## De Gabriel D' Annunzio y de su orgullo.

El nuevo impetu ardoroso del poeta que celebra á la divina Eleonora Duse en el canto de dedicatoria á la «Francesca de Rimini», ha abierto ante las atónitas pupilas de sus detractores un abismo de vanidad y de profanación.

En mal contenido rencor ha tratado de mancillarle con su impureza, porque no faltan hoy espíritus miserables aficionados á jactarse de la misma vulgaridad de que están embebidas sus malas inteligencias.

Al corte nervioso de un frágil cuchillo de marfil ó de una sutilísima lámina de plata en las cerradas páginas del admirable volumen que contiene «el poema de sangre y de lujuria, de los sueños y de los delitos», siguieron pueriles reproches é infundadas manifestaciones de aversión, confirmando casi la verdad de que en estos días trabajosos no es la augusta grandeza del verdadero arte lo que priva, sino la satisfacción efímera del capricho partidista y el desdén de lo que constituye quizás una oculta convicción íntima.

No somos, en verdad, nosotros quienes profesamos tales ideas de adversidad; al contrario, al contacto de las páginas contaminadas, á las cuales la aptitud singular del poder tipográfico italiano infundió el espíritu de la más exquisita armonía, nos sentimos elevados á las excelsas maravillas del arte.

Ninguna comparación entre él y los hombres de la grandeza pasada; ningún paralelo con los antiguos maestros del verso y de la estrofa; ningún contacto con las purísimas almas latinas que fecundaron bosques de laurel sobre la tierra sonora, y tocaron con el índice extendido la inmortalidad; ninguna proximidad con los que fueron y con lo que fué, porque él tiene por sí mismo la conciencia de su propio valer, y, por consiguiente, es tanto más grande cuanto

mayor es la amplitud de sus miras. En este sentido el *nosce te ipsum* está conseguido y demostrado.

Gabriel D'Annunzio, el plagiario, al decir de los rabiosos microcéfalos, se revela emperador griego del poema, latino señor de los versos é itálico artífice de la canción: su pedestal se consolida y se levanta en el progreso de los días, al avanzar mismo de su obra, y cada aspiración suya marca una nueva revelación de su profunda alma múltiple, y una conquista real que hace abrirse, como por consecuencia lógica, la flor de su orgullo.

El orgullo desmesurado contribuye á la grandeza de Gabriel D'Annunzio, porque está refinadamente constituido por el conocimiento de sí mismo, por la tenacidad que preside á todas sus empresas, y por su fe, ardiente, no ya como una llama ó como un incendio, sino como un volcán que brota del corazón de la tierra.

Inútilmente suena para él la voz de Salomón predicando el *vanitas vanitatum*: su fuerza destruye todo limite con sabiduría superior.

Ante ella no hay profundidad que no se colme, ni amplitud que no se llene. El, por un singular fenómeno de su voluntad, se siente á sí mismo en cuanto le rodea, y su vasto pensamiento no se detiene sino en la eternidad, á la que llega como un héroe legendario á través del vigor y rudeza de las luchas.

El es el Ruggero Flamma de su «Gloria», al que la Comnena dice: «En ti debe haber fe: en tus nervios, en tus huesos, en tus arterias, en tu arrojo, en tu pasión, en tu dureza, en tu codicia, en toda tu substancia, en todas las armas que te ha dado la Naturaleza para combatir, para superar á los otros, para ser el primero, el señor, el único...»

¿Quién podría, pues, contener alma

tan desdeñosa, y afrontarla, si, como Dios en la zarza, habla palabras de vida y de fuego? ¿Quién se sentiría capaz de acercársele y reprimirla, si no hay fuerza humana que la toque? A su destino sólo puede unirse un alma capaz de tal alma. Y el platónico encuentro se realiza para la sublimación de nuestro arte: Gabriel D'Annunzio y la divina Eleonora Duse.

Ahí están: avanzan por el camino de la grandeza, ardiendo en igual ensueño, ansiosos de igual meta, movidos por igual voluntad, incitados por la misma necesidad, dominados y vencidos por una igual fuerza, investidos de un igual poder, de una igual facultad de vida.

Canta el poeta en la canción que celebra el afortunado prodigio:

Anima infaticabile, e preghiamo  
il dio che faccia a noi come l'orgoglio  
ismisurata la virtù dell'Arte;  
si che per alte imagini le carte  
sien degne che tal pura man le porti  
e le sollevi tra le luci eterne.  
Questa è colei che il nostro ben discerne.  
Dice: «O fratello, meco le tue sorti  
ardono, quando sul clamor del vulgo  
vestita dei tuoi spiriti rifulgo.»

La sed es aún mayor que la fiebre, y marca el espasmo del delirio divino, que hace solidarias e identifica las dos almas, que no viven sino de su recíproca grandeza.

Pero la vida de D'Annunzio es vida de creador y de combatiente; de enérgica fibra, incansable e inagotable; la de la Duse es una maravillosa vida de intuición, divulgadora y fascinante; el uno es la fuente; la otra la desembocadura del mismo impetuoso río.

Questa è colei che all'arco mio sonoro  
pose la nova corda ch'ella attorse  
ed incerò perche sicura scocchi.  
Un paziente ardire al cor mi corse:  
ogni mattino la saetta d'oro  
batto, che il destinato segno torchi.

Y en uno y en otra el magnánimo orgullo, que desafía desdeñosamente todo brutal ataque, y por cuya virtud los espíritus ardorosos se levantan, iniciados en toda clase de pruebas, convenci-

dos de las admirables obras de luz y de conquista: un orgullo que no es humano porque nunca fué tan superiormente sentido, sino de esencia casi divina, porque no hay evento capaz de humillarlos.

Vano d'intorno il ghigno degli sciochi  
stride, e la copia delle lodi insulse  
come fastidiosa pioggia croscia.  
Yo non ho cura. Ella ogni bassa angosci  
ogni vile pensier del cor m'avulse.  
Va la mia volontà col mio disdegno  
deliberata di toccare il segno.

Así un sentido de mutua intuición abre á las dos inteligencias preclaras los ilimitados horizontes de la imperecedera gloria y les infunde la infalible certeza de la victoria y del triunfo, para que el Poeta y la Divina se den la mano con un bello ademán subsidiario, para seguir su camino y alcanzar triunfalmente *per aspera ad astra*.

Pur se il nemico ceda, io non do tregua  
al mio ferro. Convien che armato io viva  
e sotto le percosse risfavilli.  
Ben di porpora e cinta e non d'oliva  
l'eroina. Convien ch'ella mi segua  
per una selva d'aste e di vessilli.  
Dolce cosa in segreti orti tranquilli  
sognare all'ombra e riguardar la piuma  
lene che trema nel loquace nido.  
Ma all'nom novello meglio il fruto e il grido  
e l'ansito dei popoli e la schiuma  
e l'impeto del gran cavallo alato,  
e la Górgone e il duro amor del Fato.

Pensemos en toda la verdad de la grandeza que se hace tangible al poeta y se convierte en sus manos activas en cera virgen, pronta á ser modelada según su deseo.

Y su deseo se concentra en la Auxiliadora, igneo y sangriento, violento por la forma de las «dos voluntades concordes», sostenido ante el porvenir, para que germine al fin el puro laurel, como germinó en la frente de Dante bajo los dedos de Beatriz.

¿No es él quien encomienda al canto que recorren suaves reminiscencias petrarquescas, el mensaje de cortés confianza, que es un sueño nuevo de arte; una primavera próxima; una esperanza fecunda; el oráculo escrito en el volu-

men sacro surgido de la bella Sibila, irradiante, según la pictórica alegoría de Miguel Angel?

A colel che conosce il mio valore  
tu vola e le confida: «Yo dentro avvampo  
di quella verità che non ho detta.  
Ti prega il fratel tuo che in su la vetta  
del cor tu tenga la tua framma accesa  
che s'apparecchia a una xu bella impresa.

No es desconocida la clásica obra del poeta en la constitución de la Trilogía, con la que sale á la luz la bella empresa destinada á palpar en el alma divulgadora de la Duse, futura heroína en *Segismundo Malatesta* y en *Parisina*.

¿Quién no reconoce en estas luminosas almas de artistas dos palomas llamadas por el deseo?

Puras é inmortales, con las alas abiertas y fieles al dulce nido, vuelan allí donde en el reposo hay sombra de laurel y titilar de encinas.

El espectáculo de tanta grandeza queda desde ahora confiado á los siglos: á nosotros se nos presenta en imponente serenidad y maravilla. El poeta mismo conoce su valor, y nos exalta su verdad perfecta.

En la «Nota» á la «Francesca de Rimini», dice: «Paciente é infatigable fue el

hombre de estudio, precisamente para que el poeta se sintiera más libre. Muchas cosas han querido aún enseñarle los literatísimos que están encargados de escribir sobre arte en los periódicos cotidianos, y nunca hubo espectáculo más alegre que el que largamente nos han dado éstos ejercitando, como diría el buen Panciatichi, su censoria asnería.»

Que no resulte infecunda la breve lección dada á los ridículos continuadores de Cecco d'Ascoli, y sirva una vez más para demostrar la justa integridad del orgullo y la convicción de la indiscutible grandeza, por la cual resulta una veraz virtud la del poeta, cuando canta:

.....io varo fermo in campo  
contra l'odio selvaggio e il falso amore,  
e ridendo faró la mia vendetta.

¿Cuántos sabrán apreciar en él este valioso y autoritario sentido de sí mismo? ¿Y cuántos educar su corazón para el desarrollo del *crimen amoris* que tiene el alma de Dante, la majestad de Shakespeare y la grandiosidad de Wagner?

*Biagio Chiara.*

## SONETO

Mas isto da ventura é uma fadiga!...  
Diz-m'o o ar, diz m'o a luz, tudo m'o diz...  
Cada hora que passa é minha amiga,  
Estou cansado já de ser feliz.

Se toda a posse o desespero abriga,  
E o tédio queima o amor pela raiz,  
Venha a desgraça, venha a dor antiga  
Obrigar-me a fazer o que hontem fiz.

Não sei onde está o ceu: eu não o vejo,  
D'entretido que estou pela ventura  
E d'energado n'este eterno beijo!...

Eo que fica ante mim da vida agora?  
Uma formosa e doce creatura?  
E é isto Deus, par. ella d'elle embora?! ..

*Fausto Cuedes Teixeira.*

(Del libro en prensa *Saudades do Coração*).

# Y ASÍ MURIÓ

## Literatura canaria.

Pasaban siempre al anochecer. A larga distancia, Rosa y su abuelo, tío Longinos, sentados á la puerta del corral, oían el rumor de las esquilas innumerables... Era un tintineo sin fin, dulce como el gotear de una fuente, nostálgico en aquella hora beatífica y en aquel paisaje inmóvil, sumido en un profundo silencio de adoración. Por las lomas y sobre el crepúsculo diáfano y verde aparecía el ganado, la gran masa ondulante: los machos, con los cuernos partidos, en lucha por la hembra; los cabritos, patizambos; las cabras madres, que al avanzar mecían de pata á pata las ubres hinchadas, cubiertas de polvo. Y á lo último, Pablo, seco y tostado como un bejuino.

Frente al corral deteníase el ganado á beber. En tanto las cabras se enracimaban alrededor de la pileta del abrevadero, el mozo liaba un cigarro á tío Longinos y trababa palique con Rosa. El viejo recibía al pastor con las zumbas de costumbre, con cada ajo y cada chiste capaces de poner al rojo vivo la cal de las paredes.

—Vamos, vamos—decía el abuelo—, Rosa, te gusta. Si no estuviera yo aquí ¿eh? te la comerías á besos.

Y Longinos se sacudía las orejas. Hecho una ruina, le bastaba el alma. Los muchachos soltaban el trapo; ¡era más bueno el «viejito»! quería al pastor como si fuera sangre de su propia casta. Ginés, padre de Pablo, y el abuelo de Rosa habían sido y eran compinches inseparables, carne y uña. Longinos había visto nacer al muchacho; él le sacó de la pila, y hora tras hora atendió á su crecimiento con la misma solicitud y gusto con que en los años de agua veía esponjarse los sembrados en la vega. Diariamente Longinos, señalando al Do-

rado, su camello, le decía al pastor, entre veras y bromas: «Mira, cuando yo me vaya á los plátanos (morirse) será tuyo. Dejas las cabras. Te haces arriero. Es otra cosa» Pablo acogía la promesa levantando los hombros. Vamos, no se entusiasma. La satisfacción era para su padre, que con los ojos, bailando de codicia, miraba ya al camello como herencia indiscutible ¿Ambicionar Pablo? No le conocían. Que le dejaran tranquilo con sus cabras, en su monte. Y de allí á la gloria.

Bueno. Ya estaba liado el cigarro. Al despedirse de Pablo, Rosa se plantaba á mitad de la vereda. Llegaba para la chica el momento del placer, renovado cada tarde: contemplar el desfile del ganado, verse perdida, arrastrada por el gran remolino; sentir en las piernas el rocé del vientre de las cabras, en tanto que la envolvía como onda turbadora el acre olor de los machos.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Detrás de todos seguía el Lucero, el mastín, cojeando dolorosamente, alzando de cuando en cuando la pata inútil. Lejos, por la vereda blanca y sin contornos, se perdía el ganado. Marchaba lentamente bajo el misterio de la noche, mientras que allá, en el aire y al son de las esquilas, encendíanse las estrellas una á una. .

Un día, al amanecer, llegó el Dorado á la puerta del corral. Medio dormido oyó Rosa, desde el catre, el resuello de la bestia, que holicaba por las rendijas del portalón. Displicente y perezosa, la muchacha se estuvo quieta, dando tiempo á que su abuelo se bajara á abrirse paso por sí mismo. Dos, tres minutos corrieron. Nada: ni voces en las viñas, ni chirridos en el cerrojo, ni el lamento de



los goznes, largo y doliente como el llorar de las becerras. La luz del alba se metía por el resquicio del postigo, y bajo la cama de la moza, y en un nidal de piel de cordero, la cria de la clueca despertaba piando alborozada. El viejo no se movía. Era inútil dejar el portalón entornado. Con los pies desnudos y mal ceñido el zagalejo, Rosa corrió á abrir. Lo de costumbre: el abuelo llegaba ronca que ronca. *Confiado al instinto del animal, el hombre, en sus largos viajes nocturnos del puerto á su casa, se dormía recostado en la cruz de la silla al rítmico paso de la cabalgadura. Eso cuando no llegaba como un pellejo, chorreando alcohol y sin blanca en el bolsillo. Entonces era cosa de transportarle en una espuerta á dormir la mona al aire libre. Los granujas de los pueblos de tránsito conocían ya las debilidades del viejo. Al divisar el Dorado con Longinos dormido, gritaban á una:*

—¡Tuche, Dorado!... ¡Tuche, demonio!...

El camello no pecaba de tonto; pero á veces caía en el lazo: hincaba las rodillas delanteras para echarse, y Longinos

se despertaba en tierra vomitando maldiciones.

Frente á Rosa, el Dorado permanecía erguido. La chica se aproximó. ¡Cristo! ¡Y cómo llegaba el viejo! Blancos los ojos, torcida la boca, las piernas velludas y quemadas abiertas como un horcón: todo, lo mismo que si se hubiera caído de lo alto de una torre. Atemorizada, Rosa le llamó en vano:

¡Abuelo, abuelo!

Le tiró de una pierna, la pierna no «jugaba». A Rosa se le quedaron las venas sin sangre. Desfavorida se metió en el corral gritando:

—¡Madre, madre! ¡Muerto!... ¡El abuelo muerto!

Muerto, bien muerto, agarrotado. La muerte le había sorprendido en las veredas extraviadas, en la quietud de los campos solitarios, bajo el cielo estrellado y sereno, testigo mudo de sus interminables soliloquios de beodo. Una mueca, un temblor de mandíbulas; el alma se quedaba atrás, y el Dorado siguió su camino, columpiando el muerto entre las palmeras invisibles que poblaban las sombras de suspiros y murmullos.

En un rincón, en lo más oscuro del cuarto, Rosa y su madre, Dolores, hija de Longinos, lloraban silenciosamente. Pablo, Ginés y Antonio Barreto, primo de Rosa, llegado al enterarse de la desgracia, aguardaban sin chistar, perdida la conciencia y los ojos errabundos. El cura se había dormido con la cabezota caída sobre el pecho y los pies al sol, que se colaba por la puerta abierta de par en par. Uno á uno entraban los pollos cautelosamente á beber en el tazón de agua bendita. Por el borde del ataúd asomaban las rodillas y la nariz del muerto. Un diluvio de luz rodeaba la casa, inundaba los campos. El silencio era profundo, triste, como debe ser el silencio de las alturas, sin fin. Cortábanlo á veces fuera el resoplar del Dorado, dentro el hipo estertoroso de las mujeres inconsolables.

Cuando llegó la hora de partir, el ataúd no se podía cerrar. Las mujeres, locas de dolor, chillaban, restregándose las manos. Había que concluir pronto, de cualquier manera. Pablo se dejó caer sobre la tapa del ataúd y los huesos del viejo crujieron como un manojo de arbustos aplastados. Todo acabó. En marcha. El viaje no era corto: tres horas de camino sin parar. Delante, atravesada en la joroba del camello, iba la caja, mecándose dulcemente sobre los trigos...



Pablo se negó en redondo á exigir el cumplimiento de la voluntad del difunto. Ni éste le prometió nunca en serio el Dorado ni, aun cuando se lo hubiese prometido, existían «papeles» que acreditaban la promesa. Bien lo sabía Ginés; al viejo le repugnó siempre tratar de aquellas cosas tan íntimamente relacionadas con el morir. Convencido el padre de que Pablo no cejaría, le dijo resuelto: «Bueno, si no vas tú, iré yo». Y una tarde, á tiempo que allá en la montaña el cabrero dormía sobre las grandes peñas, pobladas de lagartos, Ginés se puso la *cachorra* y fué en busca de Dolores.

A la primera insinuación, la mujer saltó hecha una pólvora. «¡Sin vergüenza! ¡Que se limpiara el hocico!» Y vació sobre Ginés todo el odio, la rabia toda, acumulada desde la infancia. Dolores no había olvidado, no olvidaría jamás que aquel hombre era el autor de las franquichelas que tan hondos quebrantos habían causado en la hacienda y en la salud de su padre. Ginés perdió los estribos. «¡Hi de tal! ¡Roñosa!» Dolores se puso lívida; agarró un gánigo y lo tiró al viejo. Las relaciones entre ambas familias quedaron rotas. Tres días después Dolores vendió el camello.

Cuando Pablo se enteró de lo ocurrido estuvo una semana sin hablar á su padre. Ahora el cabrero hallaba el corral cerrado á cal y piedra. Dentro cantaba Rosa. Algunas veces la oía reír con

Barreto que la visitaba casi á diario. El pastor sentía un ímpetu loco que le hacía temblar las piernas. Una tarde arrancó un geranio, lo tiró por sobre las tapias; desde el corral se lo rechazaron. El cabrero pateó la flor y siguió el camino. No pasó más por allí, buscó otro abrevadero, otras veredas. Quiso olvidar á Rosa. Los domingos se emborrachaba, iba á las taifas y á las velaciones, no perdía una en diez leguas á la redonda. De tales holgorios salía á la una y á las dos de la madrugada, muerto de sueño y erutando aguardiente. Se perdía en los atajos; horas y horas caminaba sin rumbo; concluía por sentarse á esperar el sol. Mas la angustia de ser sorprendido y destripado por los camellos, que en los meses de brama huyen de los corrales para vagar fieros y libres, le obligaba á levantarse y á marchar sin descanso. Tal era su vida. Pero, ay, no lograba, no podía acostumbrarse. Cuando, de noche, después de la cena, se tendía en los poyos del patio, el alma se le escapaba, se le iba volando á discurrir tristemente alrededor de la casa de su padrino, en torno de la lucecilla del hogar vedado, lejana y sola en la llanura como una *lágrima de la virgen* caída del cielo. Y Pablo se dormía al fin con el alma ausente y el corazón y la cabeza colma-

dos del recuerdo de Rosa, del diablillo querido, alegre como un álamo en días de viento, graciosa, ondulante como el humo de las hogueras en tarde de calma.



Solo y fatigado, con la chaqueta al hombro y de regreso de un baile, volvía Pablo una noche á su casa. Era en el plenilunio de Abril. La luna besaba los sembrados, el camino, las veredas, las montañas silenciosas, casi invisibles, adivinadas en el horizonte. En un cercado ladraba un perro. Lejos se oía la voz de un grupo de gente que marchaba cantando hacia la mar. Se columbraba la casita de Rosa, cuando, de pronto, sintió Pablo que á su espalda se abrían los trigos. Volvióse, y la piel se le erizó: era el Dorado, con la brama, suelto. Pablo se arrojó de golpe á la cuneta, y enguruñado, sin respirar, huyó, sintiendo la muerte próxima, inevitable.

El animal, enfurecido, le perseguía por lo alto del camino, arrastrando la cadena, galopando á veces, á veces deteniéndose para alargar el cuello y olfa tearle en la sombra. La casita de Rosa blanqueaba, aislada en medio del campo; instintivamente, Pablo se lanzó á ella; el camello se arrojó á los trigos; entonces comenzó una carrera horrible. En la huida se le cayó á Pablo la chaqueta; el animal se detuvo, la olió un momento y siguió el galope. Al mozo le faltaba aliento. Tropezó dos veces. Las piernas le flaqueaban. Iba á morir, iba á morir. ¡Señor! Estuvo á punto de entregarse, de arrojarse á tierra para que

el camello le escachara de una vez. Pero el miedo le azuzaba. De un brinco salvó los muros del corral.

Al caer, Pablo sorprendió á Rosa cuchicheando con un hombre, su primo. La muchacha se desprendió de los brazos de Barreto y huyó. Este se puso en pie é hizo cara al importuno.

—¿Qué? ¡A qué vienes? Largo..

A Pablo le faltó voz para contestar. La ira, el cansancio horrible le ahogaban. Sintió que en su corazón se moría la alegría de vivir, la vida misma. Se apoyó en la tapia. Al cabo pudo hablar:

—No vengo por ti ¡ni por ella! El Dorado anda suelto, me ha perseguido; no me podía salvar; salté. ¡Así me hubiera reventado antes! Pero ahora, ahora me voy... ¡Adiós, adiós, Rosa!...

Abrió el portalón, echóse al campo y cerró por fuera. En el sosiego de la noche oyéronse sus pasos claros y firmes. Se iba. Un insecto pasó zumbando sobre la tapia. De repente sonó á lo lejos un alarido espantoso que excitó el ladrar de los perros, despertó los ecos del llano y fué á perderse en el silencio de las montañas del horizonte...

*Miguel Sarmiento.*



I

Arde en tus ojos un misterio, virgen  
esquiva y compañera.  
No sé si es odio ó si es amor la lumbre  
inagotable de tu aljaba negra.  
Conmigo irás mientras proyecte sombra  
mi cuerpo y quede á mi sandalia arena.  
¿Eres la sed ó el agua en mi camino?  
Dime, virgen esquiva y compañera

II

Crear fiestas de amores  
en nuestro amor pensamos,  
quemar nuevos aromas  
en montes no pisados  
y guardar el secreto  
de nuestros rostros pálidos,  
porque en las bacanalías de la vida  
vacías nuestras copas conservamos,  
mientras con eco de cristal y espuma  
rien los zumos de la vid dorados

.....  
Un pájaro escondido en la enramada  
del parque solitario  
silba burlón...

Nosotros exprimimos  
la penumbra de un sueño en nuestro vaso...  
y algo, que es tierra en nuestra carne, siente  
la humedad del jardín como un halago.

III

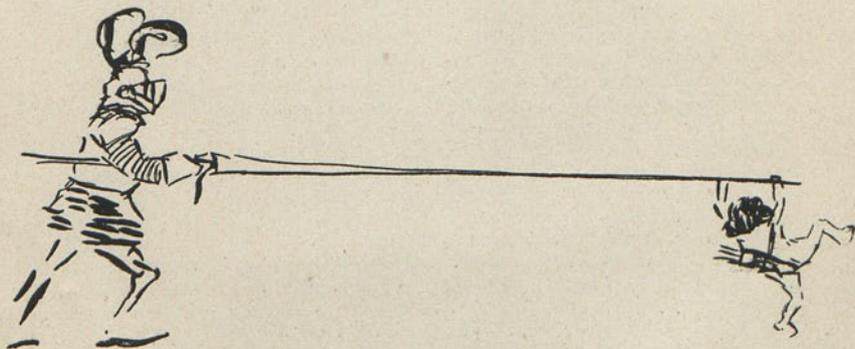
En la miseria lenta del camino  
la hora florida, brota,  
de tu amor, como espino solitario,  
del valle humilde á la revuelta umbrosa.  
El salmo verdadero  
de tenue voz hoy torna  
lento á mi corazón y da á mis labios

la palabra quebrada y temblorosa.  
Los viejos mares duermen. Se apagaron  
sus espumas sonoras  
sobre la playa estéril. La borrasca  
camina lejos en la nube torva.  
Vuelve la paz al cielo;  
la brisa tutelar esparce aromas  
otra vez sobre el campo, y aparece  
en la bendita soledad tu sombra.

IV

Dime, ilusión alegre,  
¿dónde dejaste tu ilusión hermana,  
la niña de ojos trémulos  
cual roto sol en una alberca helada?  
Era más rubia que los rubios finos.  
Era más más blanca que las rosas blancas.  
Una mañana tibia sonreía  
en su carne nevada  
dulce á los besos suaves.  
Liviano son de cítaras lejanas,  
triste como el suspiro de los bosques  
cuando en la tarde fría el viento pasa,  
hubo en su voz. Y luz en flor y sombra  
de oro en sus cejas tímidas brillaba.  
Yo la amé como á un sueño  
de lirio en lontananza  
en las vísperas lentas, cuando suenan  
más dulces las campanas,  
y blancas nubes su vellón esparcen  
sobre la espuma azul de la montaña.

*Antonio Machado.*



## NOCTURNO

Dije á mi amigo: «¿Quieres que paseemos?» Respondió que sí. Y luego echamos á andar por el camino. Ibamos juntos y cada uno se decía: «Estoy con él».

Estaba la tierra fangosa y negra en el camino, donde había llovido; los árboles grandes erigían en la sombra sus troncos húmedos y, en el fondo, debajo de una peña, una fuente corría infundiéndonos algo de aquel horror al agua que de noche ya no es transparente... Y teníamos también, al hollar el esponjoso tendido de hojas otoñales, miedo de aplastar algún sapo: cieno acre y granuloso que por la noche se organiza y anda, alumbrado por dos fríos rubies; cieno vivo que canta como un pájaro triste y, bajo el pie, se deshinchaba burbujeando... Pensaba que no sabía lo que *el otro* pensaba ni de qué color eran sus pensamientos; parecíame la cabeza de mi amigo un farol que sentía encendido, pero cuyo fulgor me estaba oculto por una misteriosa pantalla. Sus ojos me veían pero yo no los distinguía; y él andaba á mi lado meneando un poco los brazos. Sus pasos hacían un ruido ligero. Si hubiésemos hablado, nos habríamos dicho mentiras; por eso nos gustaba más andar mudos, y ya que seguíamos el mismo camino, á la misma hora, al lado uno de otro, y que veíamos los mismos objetos, podíamos suponer, que comulgábamos en las mismas impresiones, quizá las mismas ideas. Luego salió la luna entre las ramas negras y delgadas, y dijo mi amigo: «He aquí la luna». Yo pensaba: «He aquí la luna», y tal conformidad me pareció feliz para nuestra amistad.



En aquel momento, el camino hacia un recodo y escalaba el cerro; los guijarros crujían y rodaban bajo nuestros pasos y nos hacíamos cargo de que no andábamos con los mismos pies. Oyóse el grito de un mochuelo, lejano, y mi amigo dijo: «El aire huele bien esta noche». Pero yo no pensaba eso; pensaba en el mochuelo, y experimenté cierto disgusto al notar que, mientras oía yo, él olía. Sin embargo, seguíamos el mismo camino, á la misma hora, al lado uno de otro.

Al llegar á la cumbre del cerro, mi amigo dijo: «El mundo es bello y la vida es buena; estoy contento de verlo y de vivir». Y yo entonces sufrí cruelmente, pues tenía dentro de mí un eco, preparado de antemano, y que no se ajustaba con esas palabras: aquel eco estaba sólo hecho para repetir estas otras: «Estoy contento de estar contigo y de ser para ti y de vivir así». Pero no dijo estas palabras y sentí que le odiaba porque concebía el mundo sin mí. Entonces le maté sin vacilar, en la cumbre de la colina, y tan rápidamente, que sonaban todavía sus palabras en mis oídos cuando cayó entre los guijarros. Y gran asombro me causó que no se conmoviese la luna y permaneciese quieto y entero el mundo; y yo también quedé el mismo, y pude repetir lo que él acababa de decir: «Bello es el mundo y buena la vida, estoy contento de verlo y de vivir».

Mauricio Dusolier.

## ¡REID, POETAS!



Car je tiens que le rire est une noble chose.  
Un frère de l'amour, un guide sans pareil.  
Et qui on ne peut avoir au pays du soleil,  
De meilleur conseiller que le lys et la rose.

GABRIEL VICATRE

Y dijo Zaratustra: poetas, ¿por qué tanta tristeza? ¿Es por ventura que en el haz de la tierra secáronse para siempre las claras y saludables fuentes de la alegría? ¿Acaso en la paleta de la vida se extinguieron los brillantes y encendidos colores, símbolos del vivir alegre quedando tan sólo los mortecinos y apagados, encarnación de la tristeza, del dolor y la muerte? ¿O es que vuestras lirás enfermaron atacadas del mal del siglo, la enloquecedora neurosis, y las pálidas y febriclientes manos que las pulsán, apenas si logran evocar las exangües y errabundas ficciones que pueblan vuestros desequilibrados cerebros?

Creedme, hermanos; de seguir por el emprendido camino haréis aborrecible la poesía á cuantos tienen fe en la halagüeña y confortante alegría de vivir. Los superhombres, los espíritus privilegiados, almas serenas y de temple, que luchan y vencen en el arte ó en la ciencia; los que poseen la verdadera superioridad humana, que es la acción, fuerza plasmante y creadora, capaz de engendrar mundos en la nada; esos prestan á nuestras quejumbrosas y balbucientes lamentaciones la atención que merece el destemplado lloriqueo de un niño. El vulgo, ese vulgo que con tanto orgulloso énfasis despreciáis, sin parar mientes en que su misión es más necesaria y útil que la vuestra, ya tampoco os escucha; ha tiempo que se hartó de vuestras gárrulas cantatas, de vuestras *saudades* y añoranzas; sabe de coro que la madre del poeta es siempre dechado de pureza, archivo de acrisoladas virtudes; la tan llorada compañera, ángel y tesoro de bondad, cifra y acopio de hermosura; los ataúdes donde se guardan como joyas los niñitos muertos, lindos estuches de fino



raso guarnecidos, y que las desposadas de los vates son seres tan malaventurados que ineludiblemente pasan á mejor vida, coronadas de albos y epitalámicos azahares: sabe todo esto el vulgo, y como lo tiene olvidado de puro sabido y además, en punto á tristezas, bástale con las que en el común reparto le designó el destino, de aquí que haya tomado el buen acuerdo de no leerlos, haciendo maldito el caso de vuestras lacrimosas canturias. Si los hombres superiores os desdeñan por mentirosos é infantiles, y el vulgo con certero instinto os llama cursis y se ríe en vuestras barbas, decidme poetas, ¿qué público os queda?

Y no vale excusaros con la tan repetida afirmación de que escribís para vosotros mismos, porque el arte ni puede ni debe ser un goce solitario. La torre de marfil, el cultivo egotista del jardín propio, no son en realidad más que vanas y pretenciosas frasecillas, traídas por la moda y que en sí nada significan. La obra de arte requiere, como necesario complemento, la aprobación del público, juez encargado de conferirle el galardón del éxito, y quien lo contrario sostenga ó es un genio, ó un pobre cuitado que encubre su impotencia bajo un razonar pueril á todas luces.

Sonrióse Zaratustra y añadió: hermanos, la poesía, á semejanza del rey mitológico, convierte en oro cuanto toca con sus manos de hada: es como el sol que dora y embellece los más tristes y desolados paisajes; por eso su misión verdadera es alegrar la vida, hermosearla, hacer de ella un valle de placeres.

La risa, he ahí la gran superioridad del ser humano. El hombre nace, vive y muere llorando; el arte, con la magia de sus espléndidas ficciones, debe enjugar su lloro, haciendo pasar por sus labios toda la gama del reír. Reír, siempre reír, este debiera ser el ideal destino de las criaturas.

Todo es bello, todo es alegre cuando hay ojos que saben mirar regocijados. Nada, por pedestre y humilde, es indigno de inspirar un acabado poema. Cantad, poetas; cantad las frescas y lucentes alboradas, símbolos del renacimiento; el amor sano, la fecundidad triunfante; los goces del hogar; el vino generoso que lleva en sus entrañas locura, olvido y alegría; el agua purificadora que nos renueva, y en fin, todos cuantos, al parecer insignificantes pormenores, tejen la urdimbre de la vida diaria. Cantadlo todo, que el arte debe ser un espejo donde la realidad entera se refleje; pero escoged como lema de vuestras canciones, fuerza, belleza, salud, elegancia, generosidad, valentía, cuanto hace al hombre superior, elevándole sobre las fealdades terrenas, dándole la serena actitud de un dios que se ríe.

Poetas, ¿á qué tanta tristeza? Si queréis que los laureles ciñan de nuevo vuestras frentes, romped la lira del dolor mentido, coronaos de rosas y mirtos, y agitando los cascabeles de la locura reid, que la risa es divinamente hermosa, digna de ser santificada; reid, que Zaratustra ha coronado la risa.

*Juan Hector*

*Dibujo de Marín.*